

RENATO LEDUC. *Obra literaria*, comp. e introd. de Edith Negrín, pról. de Carlos Monsiváis. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

DANTE SALGADO

Universidad Autónoma de Sinaloa

CUANDO MI GENERACIÓN empezaba a leer, Renato Leduc terminaba de escribir. Ya era, para ese entonces —los años ochenta—, una figura conocida y reconocida: ¿el último bohemio? No lo sé, pero sí había ya un mito que compartía su nombre.

Leduc es de la estirpe de escritores más citados que leídos; su figura —por demás *sui generis*, dentro del mundo de las letras mexicanas— la fue delineando el imaginario popular a su entero antojo. Él, como se dice, se dejó querer y no buscó un sitio de honor para que le quemaran incienso. Su literatura refleja lo que fue su vida: inteligencia, sencillez, humor.

Incontables anécdotas se construyeron alrededor de su persona, que iban más allá del hecho literario y que, al parecer, a él lo tenían sin cuidado y, en algunos casos, hasta gozaba con esa fama reinventada cada día. Repaso en mi memoria una de esas anécdotas que describían tan bien la personalidad de Renato Leduc: una noche en casa de don Andrés Henestrosa me platicó su nieto, Andrés Webster, que el chofer y secretario auxiliar de su abuelo solía aprovechar la visita de figuras del medio literario para solicitar, con la prudencia del caso, libros autografiados; cuando tuvo la oportunidad de pedirle a Leduc una dedicatoria, éste no desaprovechó el apellido del solicitante y con toda tranquilidad y confianza, como si se tratara de un viejo conocido, estampó en la portadilla del ejemplar “para mi buen amigo Melitón Gijón de la chingada, afectuosamente, RL”.

El recuerdo y la evocación de Leduc vienen a propósito de la edición preparada por Edith Negrín de su *Obra literaria*, respaldada por el sello del Fondo de Cultura Económica. Setecientas cincuenta y dos páginas

dan cuenta de un trabajo serio y dedicado de la editora que, además, saldan una deuda con el autor, pero sobre todo con los lectores. Es cierto que ya "Lecturas Mexicanas", en respetables tirajes, había impreso *Historia de lo inmediato*, *Los Banquetes* y *El corsario beige*, sin embargo, la producción poética era casi inasequible para el público no especializado.

Edith Negrín se dio a la tarea, con paciencia y pulso de relojera, de *rastrear* la obra de Leduc y prepararla para una impresión como la que ahora ha puesto a circular el FCE en la colección "letras mexicanas". Además de la minuciosa y detallada introducción, Edith Negrín nos ofrece apuntes valiosos sobre cada uno de los libros contenidos en el tomo de referencia, al inicio de los mismos: precisiones que hablan de una sostenida labor de investigación y de un especial afecto por la obra y el autor. Acompaña a esta edición un prólogo de Carlos Monsiváis que no requiere más que la innecesaria recomendación de su lectura.

Decía que una de las principales virtudes de esta obra, y que le da un valor agregado, es el hecho de haber reunido el trabajo poético de Leduc, a quien solía conocerse como poeta casi de un solo soneto hecho canción y cuyo título tuvo que reducirse para efectos comerciales pero que el autor nominó: "Aquí se habla del tiempo perdido que, como dice el dicho, los santos lo lloran" contenido en el libro *Breve glosa al libro de buen amor* (1939) y que, a confesión expresa del propio Leduc, fue escrito en el momento en que se vio compelido a ganar una apuesta cuando lo retaron a escribir un soneto en donde cada verso repitiera una misma palabra. No es raro, por ello, que algunos críticos no lo consideren poeta o poeta menor, en el mejor de los casos. Nada más erróneo. No sólo estamos frente a un poeta hecho y derecho, sino a uno que sabía qué terrenos pisaba.

La labor poética de Leduc registrada en su *Obra literaria* abarca los años de 1929 a 1968, por lo menos. Casi cuarenta años que hablan si no de una abultada producción, sí de una constante escritura durante ese lapso. Leduc —el antiolemne, el coloquial, el populachero— no hace sino seguir la rica tradición de la lírica popular que por supuesto no implica una claudicación frente a la literatura "cult"; en el caso de él es

visible su conocimiento —y dominio— de la lírica culta que le sirve como base para construir su poética hecha de elementos populares. Los rasgos de los recursos poéticos empleados son contundentes: utiliza la repetición, la reiteración, el estribillo, el verso octosilábico, la división de algunos poemas en cuartetos, sextetos, e incluso décimas, o el hecho, más directo aún, de titular “romances” a sus textos y seguir la métrica clásica para tales casos; el empleo de frases, dichos y refranes de amplio manejo son frecuentes en su literatura. Todo esto corrobora una intención deliberada y premeditada de Leduc por el uso de recursos de la poesía popular; un estudio sobre este aspecto de su poesía requiere más espacio y más precisión. Sin embargo, es necesario decir que se trata de un trabajo consciente, que Leduc siempre tuvo presente el aspecto formal de su escritura e hizo justamente lo que quiso: escribir lírica popular aun utilizando recursos de la poesía culta. Su lenguaje no deja dudas: es el de todos los días, directo, preciso, aunque no por ello renuncia a las metáforas e imágenes embellecidas.

No es un secreto, sino una idea inherente a nuestro escritor, el hecho de considerarlo, por antonomasia, un poeta coloquial, mal hablado y hasta obscuro. Esta fama, sin embargo, perjudica al lector que no conoce toda la obra y que guía su juicio por la lectura de sólo dos o tres poemas —o por el conocimiento del sinnúmero de anécdotas que han creado el mito Leduc— pero que de ninguna manera pueden sustituir la comprensión cabal de su trabajo literario. Se vuelve indispensable leer a Leduc de “cabo a rabo” para percatarse que la esencia de su poesía es la misma que la de la Poesía (así con mayúsculas): sinceridad, inteligencia, conocimiento de la naturaleza humana, pasión, humor y un poco de picardía. Él construyó una poética desde la Tradición, a la que —también— sentó en sus rodillas, le clavó las uñas y la hizo aullar; Leduc no está ajeno a los clásicos de nuestra lengua (ni a los de otras): está tan cerca que se regodea jugando con imágenes y vocabularios clásicos hasta volverlos populares. Él es capaz, en un mismo poema, de ser enteramente clásico y completamente popular; en su “A manera de confesión de insolvencia” leemos:

(Un álamo troquela en su follaje
toda la plata que le da el paisaje)

y termina el poema con dos versos que reafirman su *debilidad* por lo coloquial:

Pero fundé castillos en arena
y en el pecado llevaré la pena.

O en el “Romance de los ojos del puente” podemos leer los recursos de los que hablábamos en líneas anteriores:

Venía el agua inocente
cantando del manantial.
Cruzó los ojos del puente,
cantando, camino al mar.

Es un poeta que forja la ocasión para fijar, de manera irrefutable, posiciones ideológicas a favor de los desposeídos, de los “fregados”. Su sentido de lo popular va, sin duda, más allá de lo estrictamente literario. Sabe que el lenguaje es un arma punzo cortante que, usada con maestría, produce los más agudos e inimaginados dolores y, en manos del poeta, se vuelve peligrosa, corrosiva, subversiva y, a veces, insultante. En su “Canción de cuna para adormecer niños muy despiertos” escribió:

El pescado grande cómese al chiquito
y el marrano grande pare al marranito
[...]
El banquero tiene las nalgas enjutas
de tanto mecerlas en muelle sillón.
Duérmete mi niño... Ahí vienen las putas
a darte la teta o el biberón...
[...]
El pescado grande se come al chiquito
mas banquero grande pare banquerito

Los títulos —de libros y poemas— le sirven a Leduc para hacer gala de su ironía y sarcasmo y de su amplio conocimiento de la realidad. Así, uno de los más citados es *Catorce poemas burocráticos y un corrido reaccionario para solaz y esparcimiento de las clases económicamente débiles*; los textos de este libro corroboran la posición que guarda su autor frente al sistema político mexicano post-revolucionario. Son muy conocidos sus poemas como “El cumplido funcionario”, “El líder”, “El diputado” o el “Corrido de la Revolución mexicana”. No se trata sólo de una crítica, Leduc también se divierte al dibujar la tragicomedia de nuestro larguísimo siglo xx, así, los versos iniciales en su “Corrido...” reflejan el sentido del humor inigualable que tenía para quejarse y reírse al mismo tiempo: “Tiempos en que era Dios omnipotente / y el señor Don Porfirio Presidente. / Tiempos ¡Ay..! tan iguales al presente”. Sin embargo, creo que sería abusivo hablar de una poesía “comprometida”; creo que se trata de una reiteración de su afecto por las causas de las mayorías, pero consciente de que la literatura no resuelve las desigualdades: sólo las vuelve visibles. Leduc es un ejemplo de cómo se puede escribir sobre cualquier tema sin dejar de serle fiel a la literatura *per se*.

Parece una obviedad señalar que su condición de periodista lo “acercaba” a la vida de la calle, de donde extraía el material para su escritura en los distintos géneros que cultivó. Él mismo diría, sobre su *Prometeo* sifilítico, que de no haber conocido la vida real y nocturna del México de ese tiempo no hubiera podido escribirlo. Pero también hay que decir que no sólo buscaba describir lo que veía y oía en los lugares a donde concurría con frecuencia —por iniciativa propia o convidado—, sino que poseía un espíritu crítico que lo hacía ser irreverente e indisciplinado: nunca le importó *atentar* contra la decencia y las buenas costumbres; su trabajo literario era, al mismo tiempo, un voto por la palabra y una burla del mundo en el que vivía.

Se “quejaba” de pasar las horas frente a la máquina de escribir para hacer la historia de lo inmediato pues ello le restaba posibilidades para entregarse de tiempo completo a la literatura. Llegó a comparar, incluso, el periodismo y la literatura con dos ejercicios femeninos un tanto extre-

mos, el de la prostitución y el de la maternidad. Pero su escritura no destila en lo absoluto amargura, antes bien un gozo bien vivido de esa condición de “pata de perro”, de gitano, que arrastró toda su vida. Su *Obra literaria*, como la de cualquier buen escritor, es un reflejo fiel del ciclo vital de su autor: Leduc ya no está pero permanece lo que escribió, ahora más asequible gracias al trabajo cuidadoso de edición que ha hecho Edith Negrín.

Es cierto que Leduc no es de fácil clasificación para los manuales de literatura: no cabe en ellos porque no se ciñó a ninguna corriente literaria en particular. Su poética no es la de sus contemporáneos aunque tuvo influencias —muy bien señaladas por cierto en la “Introducción” a esta *Obra*— como cualquier escritor. En realidad importa más ese caudaloso río interno que fue y sigue siendo su voz literaria que los posibles ismos a los que pudiera adherírsele.

Queda su obra, su poesía: una apuesta contra el tiempo que, al parecer, empieza a inclinarse a su favor.